

PRINCIPIOS PARA LA FORMULACIÓN DE UNA ÉTICA REVOLUCIONARIA (MORAL Y MARXISMO)

POR

RUBÉN CALDERÓN BOUCHET

A la querida memoria de don Rafael Gamba

Existe un librito de la Editorial "Anteo" publicado en su "Pequeña Biblioteca Marxista Leninista" que lleva el título de *La Moral de los comunistas*. En él se recogen textos de Marx, Engels y Lenin y de algunos otros menos importantes que han bregado, en alguna oportunidad, para que se reconociese en los grandes jefes del partido, las virtudes que las antiguas escuelas filosóficas consideraron de especial veneración.

Si leemos, con el candor correspondiente, este modesto librito para instrucción de prosélitos, nos convencemos con facilidad que tanto Marx como Engels y Lenin eran excelentes tipos que cultivaban las virtudes más concurridas del elenco tradicional de la ética: la templanza, la fortaleza, la justicia y hasta una cierta prudencia que respondía a las exigencias de un oficio tan difícil como es el de hacer la revolución social en el ámbito de la sociedad burguesa.

Reconocemos sin inconvenientes la excelencia de sus humores y el buen talante de sus disposiciones afectivas, disposiciones que podemos encontrar también en muchos excelentes capitalistas sin exagerar nuestra benevolencia. Esta no muy forzada coincidencia nos lleva a preguntarnos: ¿en qué se diferencia la moral comunista de la moral burguesa a la que ha puesto en la picota de una crítica sin atenuantes?

Supongamos, para entrar en materia, que el burgués ha confeccionado para su uso una ética propia con un rumbo claramente marcado por la preferencia de los valores económicos: antes que nada los bienes de este mundo, una regalada paz en el "confort" de la seguridad terrena y un suave ejercicio de la filantropía, la moderación y el coraje que den buena conciencia y permitan fines de semanas en el goce de una tranquila concordia familiar.

Encontramos en el mundo como en nuestra casa, *chez moi*, es un dichoso sueño flamenco que la burguesía ha tratado, reconozco que con gran competencia, de realizar con todo el vigor y la fuerza que el mismo Marx le reconocía en las primeras páginas de su ilustre manifiesto.

El cuadro, como todos, tiene sus sombras y la peor de ellas está acentuada por todos los marginados del paraíso burgués que aspiran, sin mucha energía, ni competencia, a hundirse, como buenos burgueses, en las delicias del consumismo.

Marx calculaba que esta buena aspiración del proletario contrariaba el proyecto burgués de venderles zapatos, trajes, automóviles, sombreros, preservativos y otros elementos de consumo que nacían como moscas de las fábricas capitalistas; acaso pensaba que poniendo esas mismas fábricas en manos de una comandita sostenida por el Estado y dirigida por el partido, aumentaría la producción y el consumo se haría más intenso y completo. Sin entrar en sospechas sobre las intenciones más o menos secretas del profeta de Tréveris, los propósitos morales que tenía en vista para el disfrute proletario de la ciudad opulenta, eran los mismos que el burgués ansiaba en un sueño menos colectivista. No había diferencias en el rumbo axiótico y se hubieran podido poner fácilmente de acuerdo, si las veleidades de la fortuna no impusieran su ley de bronce: lo que tengo yo no lo puedes tener tú y *vice versa*.

Supongo, sin ningún esfuerzo, que Marx haya sido ese alegre camarada que de todas las virtudes prefería la simplicidad. Este buen hombre que amaba con exceso la revolución social, soñaba con modificar el cuadro de la sociedad burguesa y hacer que todos alcanzaren, en el banquete de la vida, si no el plato del

león, por lo menos la escudilla del gato. Era un sueño burgués a escala reducida y echado a perder por una posibilidad, que León Trotski vio con ojo claro cuando aseguró: el que tiene la plusvalía tiene el poder, la ciencia y la Iglesia. ¿Soñaba Marx con tener todas estas cosas en sus manos o creía sinceramente que quedarían en manos del proletariado?

La pregunta no tiene más que una respuesta: la minoría que tiene la plusvalía tiene también el poder total, salvo que se crea sin pestañear, en el cuento del salto cualitativo por el cual la sociedad proletaria, destruidos los últimos bastiones del individualismo burgués, se convierte efectiva y realmente en un armonioso enjambre de conciencia colectiva.

Los argumentos que sostienen este ideal son de una claridad maravillosa y realmente hay que ser un empedernido individualista para no tomarlos con la debida seriedad. Recordamos el fragmento de *La Sagrada Familia* que nuestro librito trae en la página 16:

“El hombre, ser social por naturaleza, desarrollará su verdadera naturaleza en el seno de la sociedad y solamente allí, razón por la cual debemos medir el poder de su naturaleza, no por el poder del individuo aislado, sino por el poder de la sociedad”.

Nada más trivial, ni más conocido, pero esta penosa impresión de hallarnos frente a un párrafo de Pero Grullo, tiene que ser corregida por la idea de una evolución progresiva que de enajenación en enajenación, de salto cualitativo en salto cualitativo conduce al hombre a la conquista de su plena sociabilidad.

Una de las principales alienaciones sufridas por el hombre la constituye la religión. En su *Introducción a la Crítica de la Filosofía del Derecho en Hegel*, Marx nos explica el carácter de esta enajenación y nos permite, al mismo tiempo, concebir una fundada esperanza en su futura desaparición:

“La miseria religiosa es, de una parte, la expresión de la miseria real y, de otra parte, la protesta contra la miseria real. La religión es el suspiro de la criatura agobiada, el estado último de un mundo sin corazón, porque es el espíritu de las cosas que no tienen espíritu, la religión es el opio del pueblo”.

¿A qué miseria real se refiere Marx? ¿A la que proviene de una desigual posesión de las riquezas materiales o a todas las que surgen como consecuencia de nuestra frágil y caduca constitución corporal? Creo demasiado simple limitar la miseria a la mala situación económica. ¿Acaso el que muere de un cáncer en la lengua no está en la miseria? ¿Y el que padece la durísima sujeción de una parálisis? Hay tantas miserias que sería superfluo y cansador enumerarlas.

Puestos frente a las miserias reales, tan variadas como horrosas y tan difícil de extirpar de la tierra aunque se elimine la religión: ¿No es la religión el único consuelo, aunque sea ficticio, falaz, ilusorio, para la criatura condenada a padecer siempre alguna miseria?

Marx, por razones que pueden estar ocultas en el seno de su sistema, sabía que la "dicha" real, esa felicidad efectiva a la que el hombre tiende desde lo más hondo de su existencia no puede consistir en consuelos ilusorios: "Exigir sobreponerse a las ilusiones acerca de un estado de cosas, vale tanto como exigir que cese para siempre ese estado de cosas que suscita la ilusión. La crítica de la religión es la crítica de este valle de lágrimas donde la religión se origina".

Secadas las lágrimas de este valle, no quedará nada más que el prado celestial "nel aer dolce qui dal sol s'allegra", y si éso no es el paraíso se le parece como un hermano gemelo. En el fondo Marx quiere llevarnos de vuelta hacia el Edén que perdimos por nuestra primera culpa o tal vez por la exagerada codicia del primer capitalista.

Si buscásemos otro poco encontraremos en los escritos de Marx una contestación a este problema que él pretende adecuada. Dirá Marx que el hombre abandonado a la soledad de su dolor y de su miseria física tendrá que cultivar la dignidad que es, precisamente, el valor "que lo eleva y que confiere a su actividad y a todas sus aspiraciones la mayor nobleza, la que le permite levantarse, inajenable, por encima de la multitud y ser admirado por ella" (pág. 12).

Como buenos socialistas no habíamos imaginado la existencia de esa posibilidad y tratábamos de confundirnos en el hor-

miguero social, convencidos de que había que apagar hasta la última brasa del fuego individualista encendido en la ignominia de la propiedad privada y que ahora aparece, en esta opinión de Marx, reclamando el homenaje póstumo de las muchedumbres "para que nuestras cenizas sean regadas por las lágrimas ardientes de los hombres dignos" (pág. 13).

En verdad se trata de un trozo decepcionante de la literatura marxista, donde se procura substituir la *vita venturi saeculi*, con esa parodia de sobrevivencia en el recuerdo. Los compiladores del libro, Richkova, Lavrov y Liubicheva, lo han colocado allí para que no fuéramos a creer que Marx desconocía el valor de la dignidad humana. Desgraciadamente el corto párrafo crea en nosotros la angustiada sensación de que deseáramos, desde lo más profundo, esa inmortalidad que ofrecen las estatuas de los héroes proletarios y que el Partido Comunista adorna en los días adecuados con las ajadas coronas de las efemérides masónicas.

Pongamos toda nuestra atención en lo que es esencial: la propiedad social de los medios de producción y como fin último de nuestras aspiraciones naturales la eclosión de una vida colectiva en la que no haya más mío ni tuyo. En buena lógica comunista no pueden ser nuestros ni los encantos de la buena camarada que comparte nuestra suerte, sea porque nos ha preferido y siente una particular estimación por nuestra persona o bien porque el Partido ha decidido nuestra unión.

En la disyunción plantada la primera posibilidad puede motivar justas preocupaciones, porque supone la persistencia de un atavismo burgués que de seguir sus inclinaciones individualistas puede concluir en una ceremonia donde se exigen garantías de posesión, fidelidad y otras jaculatorias del repertorio cristiano capitalista, enterradas para siempre en el basural de la historia.

La segunda posibilidad, de que sea el partido quien se encargue de la distribución de las parejas, es más socialista, no solamente porque elude preferencias individuales, sino también porque ofrece igualdad de beneficios a quienes por razones de un handicap físico o psicológico no se encuentran en condiciones de despertar atenciones especiales.

Por desgracia, cuando tratamos de extraer una conclusión firme de nuestras puestas socialistas, nos encontramos con textos que parecen decir todo lo contrario y hasta bregan por una concepción romántica del amor humano en la que éste aparece enteramente librado al humor erótico de la pareja. Es verdad que tales textos se encuentran en Engels y sabemos, por haberlo leído en la correspondencia que tuvo con Marx, que este buen burgués de las barbas fluviales tenía un corazón tierno y amó, entrañablemente, a una joven irlandesa con la que compartió gran parte de su vida, hasta que los separó la muerte de ella, como en cualquier drama de esos que hacían llorar a las costureras de la *belle époque*.

“Las relaciones entre los sexos —escribía Engels— se convertirán en asunto estrictamente personal, que concernirá sólo a las personas interesadas y en el cual la sociedad no se inmiscuirá”.

¡Esto es asombroso! Resulta que en la Edad Antigua, en la Edad Media y en todo tiempo feudal y capitalista, el matrimonio era una cuestión social y competía a la sociedad entera determinar y estipular las condiciones y obligaciones contraídas por el vínculo, pero en cuando se disuelve la propiedad privada y las relaciones sociales surgen con la espontánea vitalidad de que quien está librada de sujeciones y enajenaciones, la unión del hombre y de la mujer se convierte en una cuestión privada.

Aquí nos encontramos nuevamente con una idea cristiana sacada de su quicio sobrenatural y convertida en piedra de toque de una postura anarquista, porque en verdad el cristianismo hizo del matrimonio una unión sagrada pero en la cual el hombre y la mujer disponían libremente de sus personas. Para el mundo antiguo el matrimonio era una cuestión familiar y esta costumbre pagana se prolongó a lo largo de la Edad Media, en clara contraposición al ideal cristiano. Bastaba que en la ceremonia del casamiento uno de los contrayentes manifestara su oposición para que el lazo se rompiera con gran escándalo de padres, padrinos y allegados. Esta libre disposición personal para el matrimonio es parte constitutiva del sacramento, en tanto sus ministros son la pareja que voluntariamente se une.

El ideal es éste, los usos y las costumbres pudieron imponer otra cosa, pero el sello sacramental de la Iglesia sólo admitía el casamiento voluntario.

La vida familiar queda así rubricada por una decisión libre, sin coacción de ninguna especie, pero constituye un sacramento, es decir, una unión mística que participa de la vida de Cristo en su vinculación con la Iglesia. Librada del vínculo sacramental, la unión libre de una pareja es una concesión al humor erótico que puede durar una temporada o toda la vida, depende de muchas circunstancias y de los vaivenes del deseo que son de suyo, caprichosos y erráticos.

De cualquier modo, esta manera de solucionar el lazo matrimonial no puede ser reivindicada por un socialista sin caer en contradicción con los principios fundamentales de su postura. Engels comprendía perfectamente bien que la pareja unida por el soplo más o menos ardiente de una brisa primaveral, no se podía hacer cargo de una descendencia numerosa. Ahora sí, intervenía el Estado o la sociedad, para solucionar a su modo el problema de los hijos y para que éstos no padecieran las consecuencias de uniones temporarias:

"Suprimir la propiedad privada y educar a los hijos en común; con ello se suprimirán también los fundamentos del matrimonio actual basado en la propiedad privada: la dependencia de la mujer con respecto al marido y de los hijos con respecto a los padres" (pág. 19).

No afirma que una interpretación del socialismo científico nos condujera, inevitablemente, a la idea de una posesión en común de todas las mujeres de la tribu, pero no creo que se pueda soslayar la intervención de la comunidad en la selección de las parejas, de otra manera se introduciría, en el fundamento mismo de la organización familiar, preferencias individuales que tendrían, como todos los vicios burgueses, a prolongarse también en otras actividades.

Es cierto que no podemos hablar sin apelar al idioma común y por muy especializados que estemos en nuestra disciplina sociológica marxista, la lengua de todos los días, impregnada por

siglos de una convivencia defectuosa y pre-histórica, nos tiende a cada rato sus celadas obligándonos a hablar de moral como si fuéramos profesores de alguna escuela de catequesis católica. En una carta de Marx a S. Meyer leemos una distinción que hace entre verdadera prudencia y éso que Santo Tomás llamó la *prudentia carnis*, que podría ser puesta al pie de un comentario a la *Suma Teológica*.

"Me río de la gente pretendidamente práctica —escribe— y de su prudencia. Si uno quisiera comportarse como un animal, podría dar la espalda a los males de la humanidad y no preocuparse más que del propio pellejo".

Es indudable que si la evolución de la historia marcha fatalmente a la formación del hombre socialista, nuestras preocupaciones por el prójimo, con toda su filantropía de parroquia, están perfectamente de más y lo mismo entraremos en la sociedad comunista del futuro, aunque no nos ocupemos más que de nuestro propio pellejo, ¿o hay que hacer la revolución por amor al prójimo?

La reflexión que nos sugiere ese breve párrafo de Marx es que se hace un poco difícil, para los socialistas de carne y hueso, hallar un léxico adecuado para expresar las necesidades de una conducta socialista, con los recursos verbales inspirados en una civilización cristiana. Acaso una de las páginas más elocuentes sugerida por ese deseo de formular una nueva ética, es aquella que escribió Marx sobre la Comuna de París, para festejar los cambios morales introducidos en la práctica de los ciudadanos de la Ciudad Luz.

"... Maravilloso en verdad fue el cambio operado por la Comuna de París. De aquél París prostituido del Segundo Imperio no quedaba ni rastros. París ya no era el lugar de citas de terratenientes ingleses, absentistas irlandeses, ex esclavistas y rascacueros norteamericanos, ex propietarios rusos de siervos y boyardos de Valaquia. Ya no había cadáveres en el depósito, ni asaltos nocturnos, ni apenas hurtos; por primera vez desde los días de febrero de 1848 se podría transitar seguro por las calles de París" (pág. 24).

Este cuadro parece señalar, con rasgos indelebles, una perspectiva de lo que será la sociedad comunista cuando hayan desaparecido todos los parásitos engendrados por la propiedad privada de los medios de producción. Nos cuesta creerlo y hasta podemos ceder un poco al canto de las sirenas burguesas en los historiadores que han hecho de esos días maravillosos una descripción un poco tétrica.

Bastará que desaparezcan los instrumentos compulsivos para que todos asuman su responsabilidad con espontaneidad y cohesión increíbles. La Comuna de París es para Marx el testimonio viviente de esa posibilidad inédita y si no fuera porque se echó a perder demasiado pronto, los motivos de éxtasis pudieron haber sido más eficaces y alentadores.

Se supone, un poco a la ligera, que Engels era el encargado, dentro del tandem que formaba con Marx, de exponer aquellos aspectos de la doctrina que tenían por destinatario un público más vasto. La frecuentación del sistema de Hegel no había hecho mucho por dar a los escritos de Marx agilidad y soltura. En cambio Engels tenía un estilo periodístico que se prestaba a una más amplia difusión. Hay unos fragmentos del *Anti-Düring* donde Engels expone algunas ideas acerca de la moral, del bien y del mal, que nos vienen de perlas para perfilar mejor un esbozo de la moral comunista.

Lo primero que advierte Engels son los cambios producidos en las nociones de bien y de mal a lo largo de la historia. Hasta tal punto —nos asegura— de que se contradicen abiertamente. Aprovecha la oportunidad para apabullar un poco al buen señor Düring a quien reprocha, entre otras tonterías, de creer que conviene tener una idea clara acerca de lo que es bueno y de lo que es malo, para poder proceder con alguna rectitud moral.

Acaso nuestro buen Düring no vio con precisión que la antigua ética cristiana/feudal se había dividido a su vez en católica y protestante y hasta ha palidecido un poco ante la llamada ética liberal. En el momento histórico en que Engels escribe el *Anti-Düring* se da también una ética burguesa y al parecer otra proletaria, que goza por anticipado los beneficios de un futuro triunfal. ¿Cuál de todas estas éticas es la verdadera?

Sospecha la existencia de un fondo común que ha dado pie a la creencia que existe una moral auténticamente humana, pero bien observado el problema, nota que las tres principales éticas vigentes responden a las exigencias de tres clases sociales distintas: la aristocracia feudal, la burguesía y el proletariado.

“Si cada una posee su propia moral, necesariamente tendremos que concluir que los hombres, consciente o inconscientemente, hacen derivar sus ideas morales de las condiciones prácticas en que se asienta su situación social y ésta depende de las relaciones económicas en que se producen y cambian los productos” (pág. 26).

Sería demasiado fácil pensar que esta reflexión de Engels está determinada por su situación de clases y como de hecho pertenecía a la alta burguesía, el comunismo, por lo menos el de Engels, es una clara producción de la burguesía industrial anglo alemana. Pero estos golpes dialécticos están prohibidos y se debe admitir que Engels hacía ciencia, pero como en buen marxismo la ética no es ciencia, sino ideología, se puede decir que Engels hacía una ideología que no estaba determinada por su situación económica y esto coloca la contienda en un plano distinto a aquél de los argumentos.

Hay una inteligente reflexión en torno a lo que parece ser un principio de ética universal: no robar. Pero este principio sólo tiene aplicación en las sociedades que se fundan sobre la propiedad privada de los medios de producción. Si la propiedad desaparece el principio desaparece con ella. La argumentación tiene el filo de una navaja y únicamente un empedernido partidario de conservar la propiedad a todo trance, aunque fuere la de sus medias, es capaz de resistir su encanto silogístico.

Eliminada para siempre la propiedad privada no hay más necesidad de robar y como generalmente se mata para robar, el otro principio: no matarás, cae también por su propio peso. Me gustaría seguir en esta línea para demostrar que los diez mandamientos de la Ley de Dios dejarían de imponerse como mandatos porque el hombre, despojado de toda propiedad enajenante, los cumpliría con solo vivir la espontánea libertad de su naturaleza social regenerada.

"De acuerdo con éso —nos invita Engels— rechazamos toda pretensión de querer imponernos como ley eterna, definitiva, y, por lo tanto, como ley moral inmutable, cualquier dogma moral, bajo el pretexto de que también el mundo moral tiene sus principios permanentes, que están por encima de la historia y de las diferencias nacionales. Por el contrario, afirmamos que hasta hoy la sociedad se ha agitado entre antagonismos de clases; la moral ha sido siempre una moral de clases; o justificaba la dominación y los intereses de la clase dominante; o representaba, cuando la clase oprimida era bastante poderosa, la rebelión contra esta dominación y los intereses futuros de los oprimidos" (pág. 27).

El paso de la sociedad clasista a una sociedad sin clases es un salto cualitativo que deja obsoletos los principios de las éticas anteriores y, por lo tanto, toda obligación preceptiva o imperativa, pero no porque niegue el valor de esos principios, sino porque en la nueva condición del hombre redimido dejan de ser necesarios. Sucede como en la visión beatífica acordada a los elegidos de Dios. Allí muere la ley como regla: *libero, dritto e sano é tuo arbitrio, e fallo fora non fare a suo senno; per che io te sovra, te coronò e mitrio* (*Purgatorio* XVII, 138-142). Pero la ley caduca porque ha sido asumida por el hombre nuevo en posesión de su naturaleza rescatada y recién después de la purificación última recibida en el Purgatorio. En el nuevo hombre de la sociedad comunista la ley caduca por reducción del repertorio vital y anulación consecuente de todo cuanto podría ser la propiedad de un ser humano: no se roba porque no hay más propiedad; no se ama a Dios por encima de todas las cosas, porque no hay nada más que cosas; no se honra al padre y a la madre porque han sido reemplazados por el Estado; no se codicia la mujer del prójimo porque ningún prójimo tiene ya mujer propia. Quedan como diversión indispensable de la humanidad redimida: el homicidio y la mentira, pero como ambas forman parte de la industria nacional del genocidio y la desinformación, sólo se puede cultivar en escala reducida.

El principio teológico de que la Gracia no borra la naturaleza, pero la perfecciona intrínsecamente por una participación más íntima con la vida divina, tiene en la nueva sociedad comu-

nista un inesperado cumplimiento socio económico que, en la pluma de Engels, cobra una fuerza de persuasión casi tangible.

Engels sabía muy bien que no podía haber emancipación social si no se producía, al mismo tiempo, una emancipación de los individuos; por esa misma razón no había más remedio que "subvertir desde los cimientos hasta la cúspide todo el antiguo régimen de producción, haciendo desaparecer la vieja división del trabajo. En su lugar habrá una organización de la producción en la que ningún individuo pueda desentenderse de su parte en el trabajo productivo, condición natural de la existencia humana, cargándola sobre los otros, y, por otra parte, ese mismo trabajo productivo se convierte, de medio de esclavitud, en medio de la emancipación del hombre que brinda a todo individuo la posibilidad de desarrollar y ejercitar en todos los sentidos sus capacidades, tanto físicas, como espirituales, transformando el trabajo de carga en goce ..." (pág. 28).

Yo, que admiro en el marxismo esa suerte de delirio deductivo con su lógica implacable, no puedo detenerme mucho en examinar minucias que han desaparecido del interés intelectual del nuevo hombre con la abolición absoluta de todo interés metafísico. Dios no hace ninguna falta en un mundo que ha quedado a cargo de las fuerzas productivas socialmente organizadas y cuya serena realización colma todas las aspiraciones, sin dejar ningún resquicio por donde se pueda colar la nostalgia de un mundo mejor. El sueño de Leibnitz completamente realizado y en donde la vida misma se desliza sin angustias existenciales ni náuseas, últimas reacciones esofágicas de la caduca moral burguesa.

A quien hay que leer cuando se quiere conocer los parámetros de una auténtica ética revolucionaria es a Vladimir Ilich (a) Lenin. Por supuesto, los buenos compiladores del libro que comentamos, han preparado su trabajo para cerebros más o menos gravados con el peso de los antiguos fetiches cristianos, por esa razón, conviene, entre uno y otro párrafo inspirado en las exigencias de la lucha revolucionaria, estar preparados para encontrarnos con alguna salmodia que parece especialmente endilgada para el solaz de alguna vieja rezadora, así se dice de Engels "que era un hombre de gran ternura ..." (pág. 35) aunque

no sepamos muy bien donde se puede meter la ternura en el gran fandango de la revolución social, resulta un ingrediente incómodo cuando se trata de disponer de la vida de algunos millares de hombres y mujeres. Indudablemente en un obituario esta pequeña concesión al corazón no está nunca de más.

Mucho más interesante, para nuestra edificación moral, resulta el concepto de camaradería a la que Lenin sólo le reconoce derechos cuando se pliega a las exigencias del Partido y entra como elemento indispensable para sostener la unidad de las tropas al asalto de los bastiones burgueses.

"Reconocemos que la camaradería es un deber, que es un deber apoyar a todos los compañeros, es un deber dar pruebas de tolerancia para con las opiniones de nuestros camaradas, pero para nosotros ese deber de camaradería surge del deber ante la social-democracia rusa y ante la social-democracia internacional y no al revés" (pág. 16).

Respecto a la libertad de opiniones era muy claro: la admitía como factor indispensable para completar la destrucción del orden burgués, no entendía que tuviera cabida en el orden instaurado por el Partido Comunista "porque toda asociación libre, es libre de expulsar de sus filas a todo aquél que aprovechándose de pertenecer al partido propaga puntos de mira anti-partidarios".

Esto lo escribía mucho antes de que el PC tomara bajo su conducción la política de la URSS. Una vez en el poder estos buenos consejos tomaban el carácter de una ley penal acompañada de una indispensable sanción. En el año 1905, Lenin podía escribir "que en hombre de la libertad de palabra, estoy obligado a conceder pleno derecho para gritar, asentir y escribir lo que te plazca. Pero en nombre de la libertad de las asociaciones tú estás obligado a conceder el derecho de concertar o anular la alianza con personas que dicen tal o cual cosa. El Partido es una asociación voluntaria que inevitablemente se disgregaría ideológica y materialmente si no expulsara a los miembros que predicán puntos de mira antipartidarios" (pág. 38).

Parvus error in principium, magnum in finem: se comete una pequeña falta con respecto a la ortodoxia del Partido mien-

tras éste no está en el poder, la consecuencia es la expulsión de una sociedad a la que pertenezco libremente. ¿Pero en qué se convierte esta expulsión cuando el Partido equivale a todo el orden nacional civil?

Como la religión es una forma de la alienación humana es deber del Partido comunista luchar contra ella en todos los terrenos, pero no se trata de un combate ciego y sin inteligencia:

"Hay que saber luchar contra la religión y para ello es necesario explicar, desde el punto de mira materialista, los orígenes de la fe y de la religión entre las masas. La lucha contra la religión no puede limitarse a la lucha ideológica y abstracta; hay que vincular esta lucha a la actividad práctica concreta del movimiento de clases, que tiende a eliminar las raíces sociales de la religión ..." (pág. 38).

Añade este párrafo cuya oculta amenaza es inútil señalar porque constituye una actitud permanente de la práctica marxista:

"El marxista debe tener en cuenta toda la situación concreta y encontrar siempre el límite entre el anarquismo y el oportunismo, este límite es relativo, móvil, variable, pero existe, para no caer en el revolucionarismo abstracto, verbal y, en realidad, vacío del anarquista, ni en el filisteísmo o el oportunismo del pequeño burgués o del intelectual liberal, que teme la lucha contra la religión, olvida esta tarea suya, se resigna con la fe en Dios y no se orienta por los intereses de la lucha de clases sino por el mezquino y mísero cálculo de no ofender, rechazar, ni asustar, ateniéndose a la máxima ultra sabia: vive y deja vivir a los demás ..." (pág. 39).

En lo que respecta a la dimensión familiar de la ética marxista, hay que reconocer que Lenin no fue mucho más allá que Marx y que Engels. Se mantuvo en los límites de una concepción semi romántica y casi anárquica del amor libre. Un poco por excusarlo y otro poco para comprender bien su posición, tenemos que considerar que el momento no era propicio para reclamar una inmisión autoritaria de la sociedad en materia de sexo. La sociedad todavía era burguesa y los lazos legales que unían un

hombre a una mujer dependían, en gran parte, del consentimiento personal. El amor libre, sí, pero arreglado según decisión de la comunidad, todavía no.

Otra consecuencia lamentable que un verdadero socialista encontraría en estos textos, es una cierta impotencia para discernir con claridad lo que distingue una ética verdaderamente comunista, de eso que no tenemos más remedio que llamar la moral natural. Si pudiéramos tener como objeto de observación una sociedad efectivamente comunista, donde no hubiera mío ni tuyo y, en donde todas las contradicciones entre el individuo y el conjunto social estuvieran superadas, nos sería más fácil apreciar las diferencias y examinar con detenimiento como se efectúa, realmente, la conducta de un hombre totalmente integrado con su sociedad.

A falta de ese ejemplo tenemos que contentarnos con aproximaciones y comprender que los jefes del comunismo cuando hablaron de moral, lo hicieron en un medio todavía burgués y ésto imponía la adopción de una táctica que no siempre respetaba las consecuencias morales a deducir de una auténtica sociedad comunista.

¿Pero existe una moral comunista? ¿Una ética comunista? —se preguntaba Lenin en un discurso pronunciado ante las juventudes comunistas rusas el 2 de octubre de 1920 y en ocasión de conmemorarse el segundo aniversario de la Revolución bolchevique. Su respuesta no podía ser sino afirmativa, pero advierte que por el momento esa moral tiene que resolverse en un terreno totalmente ocupado por la lucha de clases:

“Por eso subordinaremos nuestra moral a esa exigencia. Decimos: es moral lo que sirve para destruir la antigua sociedad explotadora y agrupar a los trabajadores alrededor del Partido que creará la nueva sociedad comunista” (pág. 72).

Añade este párrafo que refuerza el tema revolucionario de la faena emprendida:

“La moral comunista es la que sirve para esa lucha, la que une a los trabajadores contra sus explotadores y contra toda

pequeña propiedad, porque la pequeña propiedad entrega a un individuo lo que ha sido creado por el trabajo de toda la sociedad" (pág. 72).

En esta frase condensa los dos momentos en que se desarrolla la ética comunista: el momento de la guerra contra el régimen imperante que debe ser total y sin desmayo y, el momento que nacerá, inevitablemente, cuando haya desaparecido todo contacto propietario y los hombres reconozcan una integración completa al grupo social:

"La generación que tiene ahora cincuenta años, no puede pensar en ver la sociedad comunista. Habrá muerto antes. Pero la generación que tiene hoy quince años verá la sociedad comunista y será ella quien la construya" (pág. 74).

Los que nacimos para el tiempo en que Lenin pronunciaba este discurso no hemos visto la sociedad comunista, en cambio asistimos a la crisis del régimen implantado por Vladimir Ilich. Pero estos son pequeños errores de cálculo que no invalidan la solidez de una expectativa que tendrá que cumplirse so pena de convertir toda la historia del hombre en una lucha sin sentido. Antes que surja en nuestra mente, como un fantasma del pasado teológico, el dogma de la naturaleza caída, conviene tomar en consideración los proyectos de Lenin para formar la conciencia comunista del proletariado y corregir así los efectos del pecado original.

No olvidemos que el propósito del movimiento social inspirado en el marxismo fue transformar el mundo en la verdadera casa del hombre. En esa visión que podríamos calificar de esencialmente "poiética", el proyecto comunista, llamado por ellos teoría, está subordinado a la efectiva conducción práctica del Partido:

"La teoría deberá seguir iluminando el camino de la práctica y ayudando a descubrir y superar los obstáculos y dificultades que traban la edificación del comunismo" (pág. 78).

Esta nueva visión del cosmos y del lugar del hombre dentro de él modifica completamente la idea que tenía del universo la escuela aristotélica tomista. Ya no hay teoría en el sentido tradi-

cional del término y desde el preciso momento en que toda la realidad debe ser concebida como materia plástica ofrecida a la acción transformadora del hombre, la ciencia cabalmente tal, es un conocimiento subordinado a las exigencias del obrar productivo. En esta perspectiva es lógico pensar que la acción encabezada por el Partido Comunista subordine a su faena todo cuanto la ciencia puede saber acerca de las cosas.

Es un prejuicio de inspiración burguesa creer que el trabajo científico debe eludir la acción organizadora del Partido. Este considera "importantísimo seguir desarrollando la teoría marxista leninista sobre la base del estudio y la síntesis de los nuevos fenómenos en la vida de la sociedad soviética y de las experiencias del movimiento obrero revolucionario y liberador mundial y conjugar creadoramente la teoría con la construcción comunista" (*Ibid.*).

En párrafos anteriores hicimos mención de eso que podríamos llamar "las celadas del lenguaje", especialmente cuando éste se empeña en hablar con personas que han perdido totalmente los hábitos del pensamiento cristiano. Sabemos que los comunistas "rechazaron la moral clasista de los explotadores y oponen a las concepciones y costumbres depravadas del viejo mundo, la moral comunista".

Es decir, una ética que expresa los intereses e ideales de una nueva humanidad. Acaso algún recalcitrante reaccionario encuentre un maligno placer en enumerar las veces que los labios marxistas pronuncian con unción religiosa los nombres de las viejas virtudes pertenecientes al elenco moral clásico como si, en el fondo, toda revolución pretendiera un reencuentro con el viejo Adán, anterior a la caída. Visto desde el punto de mira religioso, la revolución, con su viejo propósito de encontrarse *chez soi* en el mundo, es un retorno secularizado del paganismo antiguo.

La fórmula elaborada por un documento del Partido Comunista inserto en nuestro librito de consulta, parece confirmar esta sospecha:

"La moral comunista incluye las normas éticas fundamentales de toda la humanidad. Estas fueron elaboradas por las masas

populares a lo largo de los milenios en la lucha contra el yugo social y los vicios morales" (pág. 80).

No hablo de la prodigalidad con que son pronunciadas ciertas palabras vitandas: gloria, honestidad, decencia, fidelidad, sinceridad, lealtad, magnífico, etc., porque se puede sospechar que me complazco en señalar la vigencia de actitudes morales permitidas donde sólo hay coincidencias de vocablos.